

**Crisis económicas e inestabilidad crónica: la fábrica de pobres en Argentina
(1970-2020)**

Artículo recibido: 15 de mayo de 2024

Artículo aceptado: 20 de junio de 2024

Publicado: 30 de noviembre de 2024

Julián Zícari

(*CONICET/UBA/UNDAV/UNLA*), Argentina

sanlofas@hotmail.com

INTRODUCCIÓN

El medio siglo argentino que va entre 1970 y 2020 no ha sido el mejor en términos económicos ni distributivos para el país, siendo que en esos cincuenta años ha existido una inestabilidad económica crónica y la pobreza ha crecido fuertemente. Sin embargo, a pesar de lo grave de este problema dos grandes invisibilizaciones han existido acompañando lo sucedido. La primera de ellas tiene que ver con que no se ha registrado con suficiente ahínco la tendencia alcista del fenómeno de la exclusión. Así, el aumento de la pobreza ha ocurrido no sólo fuertemente desde el retorno de la democracia, sino que ha sumergido en peores condiciones de vida a capas crecientes de personas según avanzara el tiempo, consolidando bolsones de pobres y excluidos estructurales que pocas veces han logrado revertir su situación. La segunda invisibilización es el motivo de fondo que actuó como responsable de lo anterior. Porque en general no se suele poner el foco en las causas del aumento de la pobreza, aun cuando está suele adoptar un patrón sistemático y muy claro sobre su evolución. De esta manera, en los discursos públicos aparecen opiniones en las cuales se responsabiliza de la pobreza a los “políticos”, a la “inflación”, al “neoliberalismo”, al

“populismo” o a la “deuda externa”, sin centrar el interés en la lógica interna que efectivamente es su origen y que consolida su crecimiento estructural.

Con vistas a tratar de dar luz a estas dos grandes invisibilizaciones, este texto buscará plantear que el aumento sistemático de la pobreza y su crecimiento tiene como principal desencadenante a las crisis económicas recurrentes que azotan al país. Así, para desarrollar esto, el trabajo se dividirá en tres partes. Una primera en la cual se recorre el medio siglo transcurrido entre 1970 y 2020 desde el punto de vista económico para repasar las distintas crisis económicas existentes y las causas que las desencadenaron. La segunda parte estará dedicada a extraer algunas breves conclusiones sobre la ocurrencia de dichas crisis. La tercera parte analizará las consecuencias de dichas crisis que, como veremos, no son otras más que el aumento sistemático de la pobreza en el país. Finalmente el texto cerrará con algunas conclusiones al respecto.

La era de las finanzas: crisis e inestabilidad recurrentes

La Argentina prácticamente desde que se organizó y dio nacimiento a su Estado central en la segunda mitad del siglo XIX ha tenido un largo historial de inestabilidad y de crisis económicas. Es curioso señalar que los 160 años que van entre 1860 y 2020 el país sufrió dieciséis crisis económicas. Es decir, padeció una crisis cada diez años como promedio, siendo un nivel de inestabilidad realmente muy alto y en el cual todas las crisis tuvieron el mismo desencadenante: los problemas en el sector externo de la economía (Schteingart, 2016; Zicari, 2020). Ello ocurrió en las seis crisis sufridas durante el Modelo Agroexportador (1866, 1873, 1885, 1890, 1913 y 1930), las cuatro ocurridas durante las crisis del Modelo Industrialista (1952, 1959, 1963, 1975) y también en las seis existentes en la era de Valorización Financiera (1980/82, 1989, 1995, 2001, 2008 y 2018/19).

En cada modelo económico el problema externo se expresó de distinta manera. Durante el régimen Agroexportador los descalabros ocurrían por perturbaciones externas (caída de precios internacionales, interrupción del comercio, suba de las tasas de interés en el exterior, retracción de inversiones, etc.) que afectan los motores expansivos y la actividad local. En la era industrialista los problemas estuvieron ligados

a los ahogos productivos y la suba de la demanda de importaciones para el desarrollo, agotando rápidamente el saldo de divisas y desencadenando grandes devaluaciones, algo que los ciclos de *Stop and Go* tan bien explicaron. No obstante, desde la era neoliberal las crisis no tuvieron nada ver que con los fenómenos previos, sino que esencialmente el motivo tuvo que ver con las vulnerabilidades del sector financiero: deuda externa, corridas bancarias, saltos cambiarios, dolarización de carteras y ataques especulativos. En todas ellas esto fue lo central.

De esta manera, la eterna vulnerabilidad argentina debida a la falta de divisas se vio fuertemente agravada por la alta demanda de dólares en el último tiempo, pero no debido a los fenómenos productivos como era antes en la era industrial, sino a todo aquello ligado al mundo bursátil. A su vez, señalemos que entre 1975 y el fin del gobierno de Macri existieron siete crisis económicas en esos 45 años, por lo que el país sufrió un colapso promedio cada seis años y medio. Es decir, como vemos, el promedio histórico de sufrir una crisis cada 10 años se acortó y la propensión a la debacle se profundizó, haciendo crecer todavía más la inestabilidad crónica del país (Zicari, 2020).

En este mismo sentido, el cambio de modelo económico producido a mediados de la década de 1970, en el cual el neoliberalismo, la Valorización Financiera o tener un tipo de cambio sin controles (un dólar “libre” y sin cepo) fueron uno de los principales factores que ayudaron a crear tal vulnerabilidad, especialmente por la fuga de capitales que implicaron, dado que en todas las crisis del período, las batallas cambiarias fueron centrales (Müller, 2001; Basualdo, 2006).

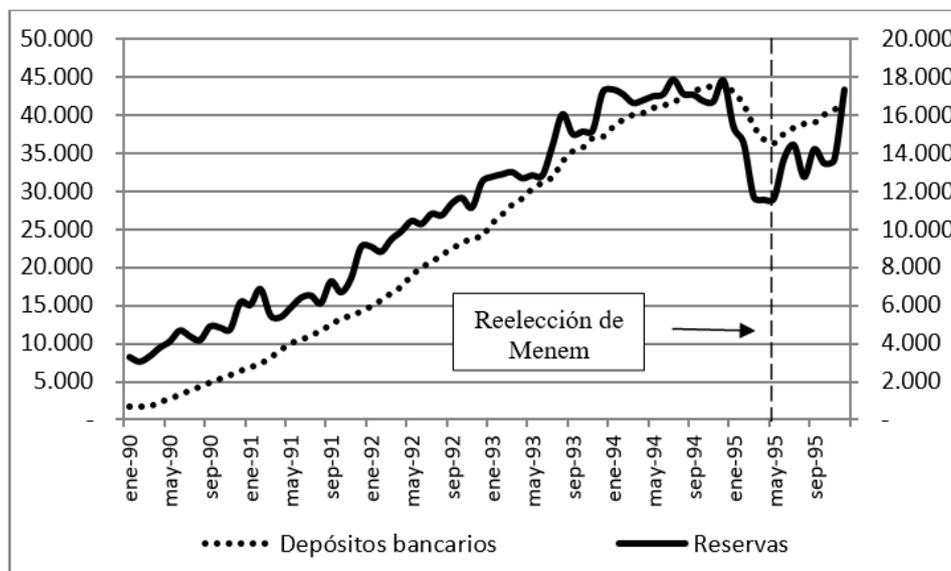
Repasemos lo así sucedido. Las batallas contra el modelo económico de la dictadura militar empezaron en el verano de 1980: ya en marzo de ese año se dieron las primeras quiebras y caídas de bancos, cayendo sistemáticamente decenas de entidades financieras más, lo cual se agudizaría también tiempo después con la desconfianza creciente hacia la “tablita”. Aun cuando se realizó la devaluación de comienzos de 1981 para corregir el desbalance externo, el dólar finalmente no tuvo techo: vino el *default*, la guerra, la estatización de deudas y nuevas corridas bancarias y cambiarias. Con todo, el descontrol cambiario continuó y fue un motor descomunal de la inflación: si la suba de

precios fue de 104% en 1981, esta pasó a 164% un año después, para continuar hasta 343% en 1983. Desde febrero de 1980 a julio de 1983 pasaron 41 meses de ataques especulativos y corridas producto de la financiación económica que la dictadura había instaurado en el país (Schvarzer, 1986).

En 1989 las corridas cambiarias y bancarias resultaron también muy mal: arrasaron con todo y terminaron por generar una hiperinflación. Fueron ataques especulativos que duraron 28 meses, comenzando en diciembre de 1988 y terminando en abril de 1991 con la implementación del régimen de convertibilidad. El ahogo externo por falta de dólares que provocó la caída de precios internacionales, junto al terrible peso de la deuda externa, fueron los que hicieron explotar el país.

En 1995 la crisis del Tequila fue un poco menos violenta que las anteriores, con apenas “seis meses” de ataques continuos, pero igualmente fue una intensa tormenta económica. Comenzó con la devaluación mexicana que generó un gran pánico que rápidamente se trasladó a toda la región. Así, en la Argentina se dio una caída de los depósitos bancarios que salían del sistema, los mismos, a su vez, de manera veloz, se transformaban en una fuerte fuga de dólares provistos por el Banco Central. Con esto, la entidad rectora perdió reservas internacionales a granel. Como nos lo indica el Gráfico 1, el tiempo que la tormenta duró fue desde diciembre de 1994 hasta mayo de 1995, en el cual cayeron un 18% de las reservas del Banco Central y un 34% de los depósitos bancarios. Sólo la confirmación del triunfo electoral de Menem, un fuerte ajuste fiscal y un generoso desembolso financiero del FMI pudieron detener semejante sangría.

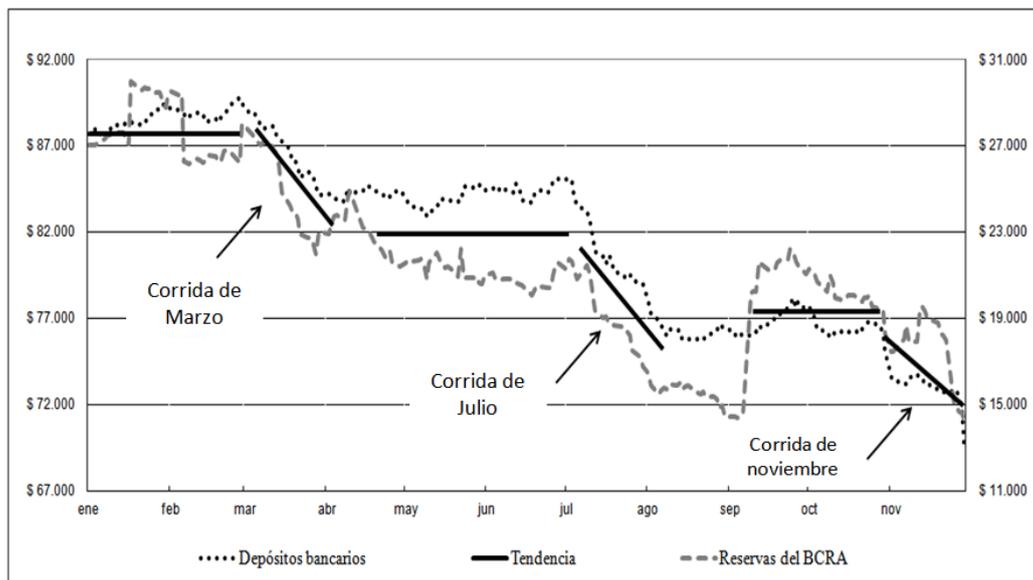
Gráfico 1: Total de depósitos bancarios (izquierda) y Reservas del Banco Central (derecha) (1990-1995).



Fuente: Elaboración propia en base a datos del Banco Central.

En 2001 existieron tres grandes ataques especulativos donde ocurrió algo muy similar a lo anterior: en marzo, julio y noviembre las corridas cambiarias se transformaron en bancarias, las cuales sólo se pudieron frenar temporalmente en diciembre y con un costo económico extremo al instaurar el llamado “corralito”, que fue una restricción a los retiros de los depósitos bancarios (Gráfico 2). Luego de ello, para calmar la situación se quiso devaluar inicialmente un 40% (llevando el dólar de un peso a \$ 1,40), y sin embargo, la devaluación terminó en el orden del 300% y la paz cambiaria sólo se obtuvo casi dos años después de la primera corrida, en agosto 2002.

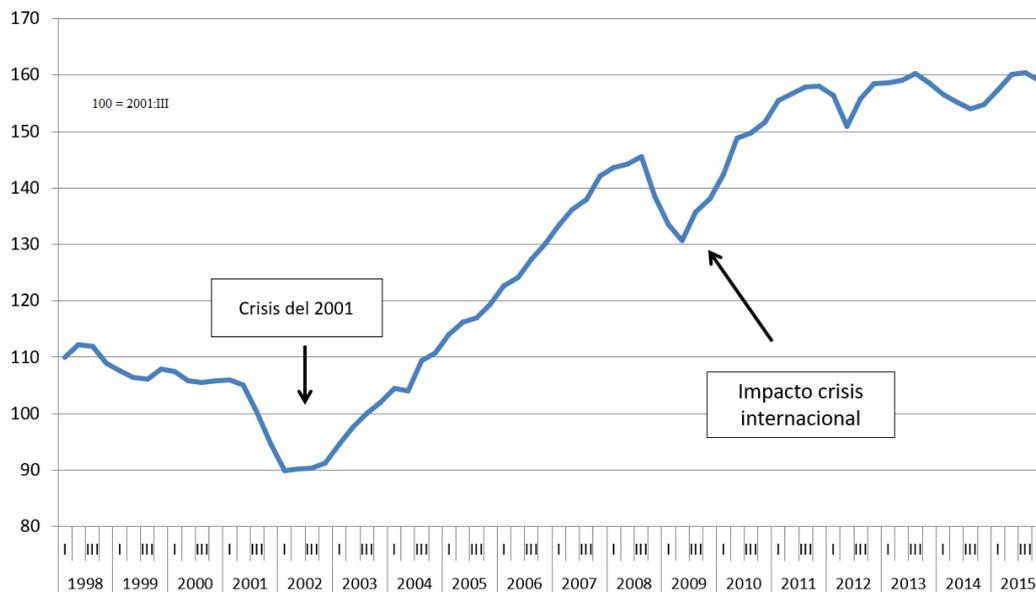
Gráfico 2: Reservas internacionales (eje der.) y depósitos bancarios (eje izq.)
(ambos en mill.) (ene - nov 2001).



Fuente: Elaboración propia en base a datos del BCRA.

En la crisis del 2008, ocurrida entre el conflicto de las patronales rurales y la caída de *Lehman's Brothers*, implicó perder reservas al por mayor durante un lapso que duró casi un año y medio (de marzo de 2008 a septiembre de 2009), aunque no hubo explosión ni devaluación descontrolada aquí. Con todo, aún “ganando” esta batalla, el resultado final igualmente implicó altos costos económicos para el país, la economía y las reservas del Banco Central (Gráfico 3).

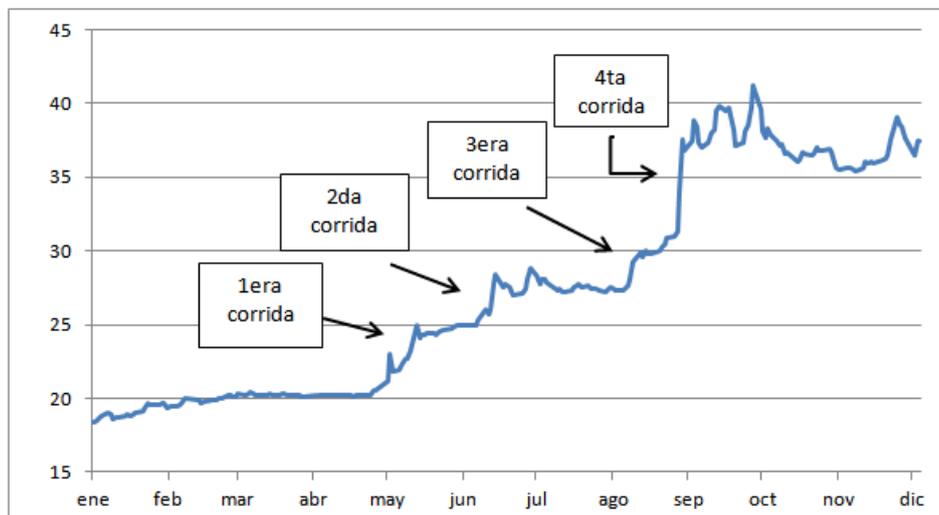
Gráfico 3: Evolución trimestral PBI desestacionalizado (1998-2015).



Fuente: Elaboración propia en base a datos del Ministerio de Economía.

Algo muy similar a lo ocurrido con la crisis macrista de 2018-2019. Allí, cuando se cortó el financiamiento externo, comenzaron en abril de 2018 los ataques contra las reservas del Central en las que hubo cuatro corridas cambiarias que fueron haciendo saltar el valor del dólar (ver Gráfico 4). En 2019 hubo dos corridas más que fueron indomables y que volvieron a hacer subir el tipo de cambio. Hasta que no se aplicó el “supercepo” en octubre de 2019, en esos 18 meses existieron seis corridas, pérdida frenética de reservas del Central (financiadas con el dinero del FMI) y una devaluación superior al 300% (el dólar pasó en ese lapso de casi 20 pesos a los 63). Igual hubo *default*, crisis y disparada de la pobreza, y la calma final llegó cuando se establecieron los controles cambiarios más estrictos (el “supercepo” ya mencionado) que el macrismo se negaba a instaurar porque decía que creía en la “libertad”.

Gráfico 4: Corridas cambiarias y la cotización del dólar durante 2018.

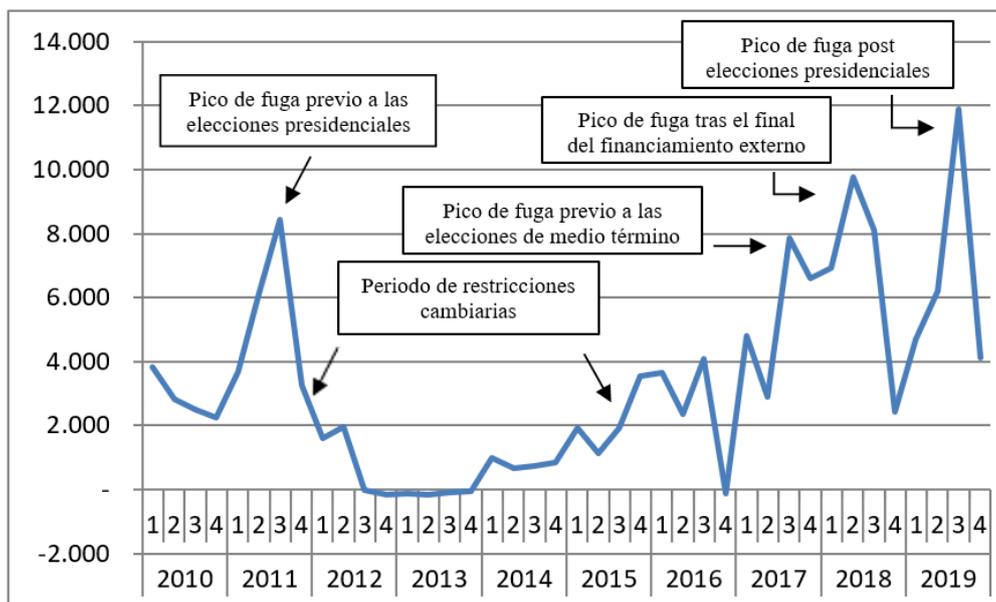


Fuente: Elaboración propia en base a datos del BCRA.

Las crisis financieras: breves comentarios

Repasadas las seis crisis financieras producidas durante la hegemonía neoliberal, vale la pena extraer algunas breves conclusiones. Vale señalarse que en cuatro de las seis crisis relatadas (1980/1982, 1989, 2001 y 2018-2019), más allá de las devaluaciones y los sacrificios realizados, ninguna pudo controlar el tipo de cambio. Todas desembocaron en *defaults*, aceleraciones inflacionarias y grandes problemas bancarios y cambiarios. Los ataques especulativos, un fuerte rol del sector bancario —que contagié y aceleró las corridas— y el final del financiamiento externo se conjugaron de manera similar en todas ellas. Igualmente, las dos únicas crisis que “salieron bien” (1995 y 2008) y que pudieron contener las presiones devaluatorias del mercado, no obtuvieron sus triunfos de manera gratuita: igual hubo corridas, pérdidas de reservas, caída económica, desmejora social y mucha incertidumbre. Es decir, los mecanismos de financierización económica, propios del neoliberalismo, implicaron siempre altísimos costos para el país, en períodos en los que sólo funcionó la fuga de capitales, la dolarización y concentración económica.

Gráfico 5: Fuga de capitales trimestral (en millones de dólares).



Fuente: Elaboración propia en base a datos del BCRA.

Las contiendas y corridas cambiarias durante estas seis crisis demostraron tener una duración promedio de casi dos años (23,16 meses), siendo el Tequila la más corta de todas, pues duró “sólo” seis meses y el final de la dictadura, la más extensa, con cuarenta y un meses (ver Cuadro 1). Aunque se debe decir que aquí sólo estamos considerando a las corridas cambiarias ligadas a las crisis, pues existieron entre medio de esos años muchas otras batallas que no estamos considerando: la fuga de capitales parece no tener fin y sólo esta se hace más clara cuando se multiplica, porque en verdad la fuga nunca se detiene (ver Gráfico 5). Es decir, durante la era de la Valorización Financiera neoliberal se corre el riesgo de modo prácticamente permanente de sufrir ataques especulativos y golpes de mercado, sin que esto tenga nada que ver con el desenvolvimiento económico, la cuestión productiva o sus fundamentos.

Cuadro 1: Las batallas cambias en las diferentes crisis de la VAFI

	Comienzo de las corridas	Finalización de las corridas	Meses de duración	Resultado cambiario	Resultado bancario	Resultado de las reservas internacionales
1981/82	Febrero 1980	Julio 1983	41 meses	Sucesivos saltos cambiarios	Corridas y quiebras bancarias	Pérdida de casi todas
1989	Diciembre 1988	Abril 1991	29 meses	Descontrol absoluto	Corridas e incautación de depósitos	Pérdida total
1995	Diciembre 1994	Mayo 1995	6 meses	Sin devaluación	Caída ininterrumpida	Caída ininterrumpida
2001	Octubre 2000	Agosto 2002	23 meses	Devaluación del 300%	Corridas, quiebras e incautación de depósitos	Fuerte pérdida
2008	Marzo 2008	Septiembre 2009	18 meses	Sin devaluación	Caída de depósitos	Pérdidas moderadas
2018/19	Abril 2018	Octubre 2019	18 meses	Devaluación del 300% y control de cambios	Caídas moderadas de depósitos	Fuerte pérdida

Fuente: Elaboración propia.

El pensamiento ortodoxo suele negar la existencia de los golpes de mercado argumentando que la compra de divisas por parte de los agentes económicos es algo normal y esperable, pues es una forma de incrementar o proteger su capital, lo que no tendría nada de llamativo. Sin embargo, en dicho razonamiento desaparecen diez elementos importantes y que se ven facilitados por los componentes centrales de la estructura económica argentina.

Los diez elementos que nos permiten hablar de golpes de mercado son: 1) la altísima concentración de la cúpula empresarial del país que, además de controlar los niveles de precios, inversiones, mercados y la capacidad de ahorro (las 200 más grandes explican el 20% de las ventas del PBI) (Catellani y Gaggero, 2017: 179), son las que puedan tener las ganancias extraordinarias y los recursos suficientes para desatar dichas corridas; 2) en el mismo sentido, pero con un ángulo diferente, se observa un cuadro todavía más agudo con respecto a la provisión de divisas, ya que la concentración del comercio exterior argentino es todavía más abismal: las 200 empresas más grandes

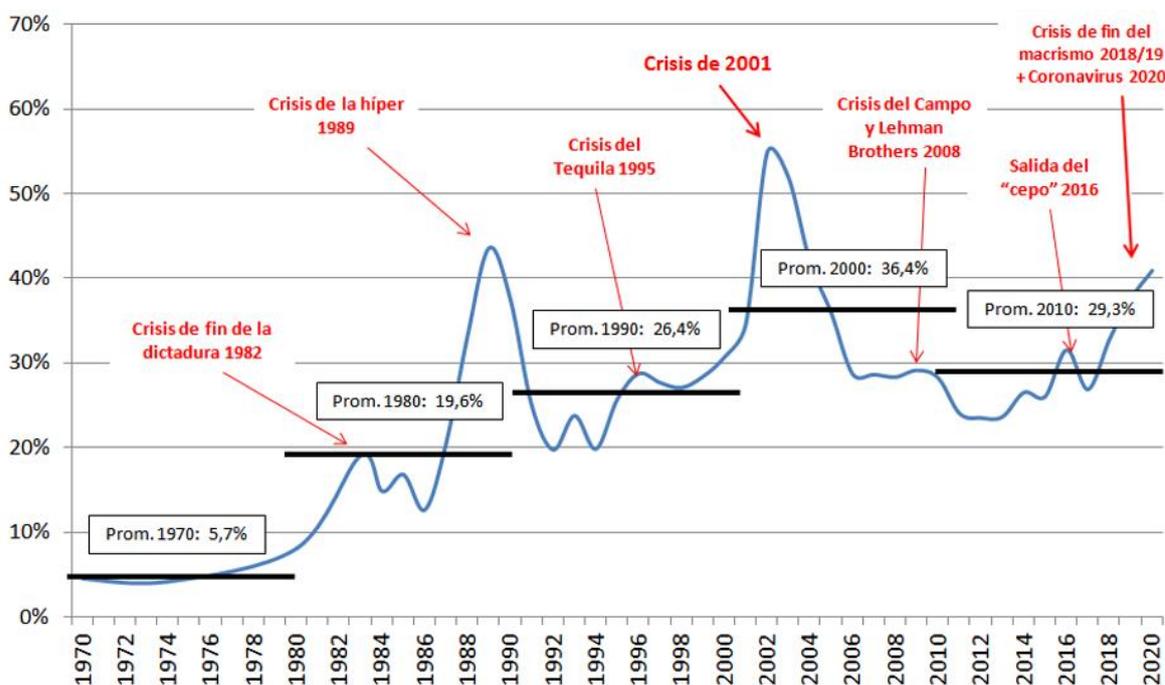
controlan el 65% de las exportaciones (Ib.,: 181), lo que les permite tener un manejo de las divisas, tasas de liquidación y capacidad de incidencia fenomenal en el mercado de cambios; 3) se vislumbra una obsesión dolarizadora por parte de las clases altas y la elite empresarial del país, lo que hace que un puñado de empresas, en su voracidad por adquirir dólares, puedan desatar comportamientos en manada o saltos cambiarios difíciles de amortiguar; 4) con tal alta concentración, es posible que pudiera existir coordinación entre los grandes actores económicos; 5) lo que hace que sus acciones no sean neutrales en términos económicos, sino que por su peso y el volumen de sus compras pueden modificar en gran medida las variables macroeconómicas, forzando la existencia de nuevas dinámicas económicas pretendidas por ellos; 6) las corridas que derivan en golpes de mercado no refieren al accionar cotidiano de la economía, sino a los momentos de especial intensidad donde existen cambios abruptos en los comportamientos cambiarios y bancarios de los agentes; 7) los golpes de mercados muchas veces no se basan en factores objetivos sobre la economía, sino sobre el diagnóstico ideológico y la presión de unos pocos actores para volcar la situación a su favor; 8) es decir, son un mecanismo esencialmente sociopolítico, más que “simplemente económico”, con el cual intervienen determinados grupos de poder bajo premisas muy concretas y objetivos específicos; 9) no implican un accionar de agentes atomizados sino lógicas de grupo y de poder para lograr el disciplinamiento social; 10) responden a mecanismos de despojo y acumulación en el largo plazo, con efectos estructurales, sin ser posible reducir al simple comportamiento microeconómico.

En conclusión, la experiencia económica reciente muestra que la financierización económica neoliberal que irrumpió en el país en la década de 1970 sólo sirvió para crear incertidumbre, fugar divisas, presionar a los gobiernos y generar golpes de mercado, siempre desencadenando, finalmente, terribles y costosas crisis económicas. Así, en la Argentina terminó por consagrarse la inestabilidad crónica. Ahora bien, una vez repasado esto, vale la pena preguntarse por las consecuencias sociales y distributivas implicadas. A ello dedicaremos la próxima sección.

Las crisis económicas y la evolución de la pobreza

Las consecuencias directas de sufrir recurrentes crisis económicas en la Argentina no han sido gratuitas en términos sociales. El país, como vimos, pareció haberse embarcado en padecer una inestabilidad permanente, la cual se aceleró con respecto a su propio promedio histórico, sin atender a los fundamentos y causas de esto. A su vez, tampoco parece haber atendido a los efectos directos de lo sucedido, pues en el último medio siglo nuestra realidad no ha sido otra cosa más que una dinámica económica que funcionó como una gran fábrica de pobres. La información con respecto a la pobreza del período 1970-2020 ha sido muy clara al respecto y está resumida en el Gráfico 6. Analicemos esto con más profundidad.

Gráfico 6: Evolución de la pobreza y las crisis económicas (1970-2020).



Fuente: Elaboración propia en base a datos del Ministerio de Economía, Ferreres (2010), Cifra-CTA y el Observatorio Social de la UCA.

En efecto, los niveles de exclusión en los cincuenta años del período bajo análisis (1970-2020) han señalado valores de pobreza estructural cada vez más altos. En la década de 1970 la pobreza promedio fue de 5,7%, aunque ya en la década siguiente prácticamente se cuadruplicó al pasar al 19,6%. La década de 1990 volvió a crecer el promedio al pasar a ser del 26,4%, mientras que en la década del 2000 el salto volvió a

registrarse al establecerse en niveles de 36,4%. Donde vemos que en todas las décadas el número de pobres no paró de crecer en su promedio. Es decir, se produjo un crecimiento estructural y sistemático en forma de “escalera” con un número de excluidos cada vez más grandes. La única excepción al respecto fue la década de 2010, en donde el promedio se ubicó en valores igualmente desgraciados del 29,3%.

Tras analizar todo esto, la pregunta central es por qué creció tanto el número de pobres. Y la respuesta, si miramos el gráfico, parece ser muy concreta: debido al número recurrente de crisis económicas que ha vivido este país. Es que las crisis económicas son, por sobre todas las cosas, grandes mecanismos de transferencia de ingresos, donde algunos sectores pierden riqueza y otros se la apropian. Así cada crisis dejó un mayor número de excluidos pero niveles de concentración económica mayores: pobres cada vez más pobres, pero ricos cada vez más ricos, construyendo entonces una sociedad más desigual a lo largo del tiempo.

En todos los casos observamos la misma lógica dividida en dos fases. Una primera, en la cual irrumpe la crisis económica y el número de pobres sube fuertemente. Luego, existe una segunda fase, en la cual se sale brevemente de la crisis y se comienza a vivir cierta “normalidad” o recuperación económica, que hace que el número de pobres descienda, pero sin volver a los valores previos. No obstante, como las crisis económicas han sido tan recurrentes, rápidamente vuelve a ocurrir un nuevo colapso económico, que hace que la pobreza vuelva a crecer. Así, el número de excluidos se ubica siempre en pisos cada vez más altos, pero no ahora en forma de “escalera”, sino de un serrucho que casi siempre asciende, adquiriendo ya una lógica estructural de pobres a esta altura muy difícil de bajar. Donde volver a aspirar a los niveles de la década de 1970 parece una añoranza imposible.

El primer salto fuerte de la pobreza ocurrió con la crisis final de la dictadura y su terrible lógica de Valorización Financiera, que apostó por el endeudamiento, la especulación y la fuga de capitales como nuevo patrón económico, dejando atrás el modelo industrialista. La pobreza así tocó un pico de 19,1% en 1983 para bajar los siguientes 4 años con la democracia hasta ubicarse en el 12%. No obstante, el descontrol

inflacionario que desembocaría en la hiper de 1989 volvería a incrementar raudamente los valores de pobres, llegando a casi la mitad de la población a hundirse en la exclusión como su consecuencia.

La llegada de la convertibilidad en 1991 y el fin de la alta inflación, de nuevo, hizo caer el número de pobreza hasta toparse con la siguiente crisis: en 1995 vino el Tequila y otra vez el número de pobres tendió a crecer, a la par que el modelo neoliberal de hiperdesocupación, apertura y empresas privatizadas dejaba un tendal de caídos cada vez más grande. Cuando vino la violenta explosión de la crisis del 2001. El nivel de excluidos tocó el pico más alto de nuestra historia al marcar un 55% en 2002.

Los gobiernos kirchneristas, la fuerte recuperación inicial y los buenos precios externos hicieron bajar la pobreza nuevamente, cayendo prácticamente a la mitad, aunque se complicaría en quebrar los valores del 28%. Sin embargo, otra vez en 2008 una combinación de crisis externa (la crisis internacional tras la quiebra de *Lehman Brothers*) junto a una crisis interna (el conflicto por la 125), levemente empujó la pobreza hacia el alza, aunque luego volvería a caer un poco más, tocando niveles cercanos al 23% entre 2011 y 2013.

Con todo, una devaluación en 2014 y la poco exitosa salida del cepo en 2016 hicieron que el número de pobres otra vez creciera, con lo que pasó primero a 26% (2014) y luego al 31% (2016). De todos modos, debemos decir igualmente que Macri en 2017 pareció que cumpliría su promesa de “promesa cero”, puesto que esta descendió al 26,9% en ese año, lo que implicó un triunfo electoral para su gobierno ya que su propuesta parecía funcionar.

Empero, ya sabemos el final y que no fue así: también el macrismo apostó salvajemente por el endeudamiento externo y pronto agotó ese recurso, cerrándose los mercados para el país. Así en 2018 se escapó el dólar, volvió el FMI y el descontrol cambiario hizo que la divisa pasara de 20 pesos a más de 60 como vimos antes, al son que la pobreza creció de nuevo con ello. Si su gobierno recibió niveles de pobreza de 26,1% en 2015, lo dejó en valores de 37,6% en 2019. Por lo que lejos de llegar al

objetivo de “pobreza cero” como había prometido, la aumentó un 44% durante su mandato.

A pesar de semejante desgracia, todo cerraría de la peor manera tiempo después. Pues a la crisis final del macrismo, se sumó una pandemia mundial como producto del coronavirus que volvió a hacer subir el número de pobres.

Esta terrible historia nos enseña tres cosas si queremos bajar la pobreza, estando ellas mutuamente relacionadas. La primera es que es condición indispensable dejar de padecer crisis económicas, ya que estas son la verdadera fábrica de crear pobres como fuimos viendo.

La segunda es que esas crisis y el aumento de la pobreza se producen por los saltos cambiarios, los cuales son consecuencia de los recurrentes desequilibrios externos que suele sufrir el país. Ya que cada vez que sube el dólar, aumenta la canasta de los alimentos haciendo que muchas personas caigan bajo la línea de la pobreza. Donde dichos desequilibrios se han producido en las últimas décadas por los mismos motivos: el terrible peso de la deuda externa, la fuga de capitales, la alta dolarización de carteras, los golpes de mercado y los desequilibrios productivos, todo lo cual ha generado la consabida restricción externa y la falta de dólares recurrentes.

Finalmente, vale la pena descartar las explicaciones facilistas con respecto al aumento de la pobreza. Por ejemplo, porque el promedio de pobres creció esencialmente bajo los años de la égida neoliberal más allá de cuáles fueran los grupos políticos que gobernarán: ya sea bajo un gobierno militar (1976-1983), uno radical (1983-1989), uno peronista (1989-1999), la Alianza (1999-2001) o Cambiemos (2015-2019), sin importar el signo político, la exclusión aumentó. Sólo con los gobiernos kirchneristas (2003-2015) la pobreza tuvo un fuerte y marcado descenso. Lo que señala que no todos los “políticos” ni todas las políticas económicas aplicadas son iguales. Por lo que vale distinguir esto. A su vez, la pobreza subió mientras hubo una inflación altísima (como en la década de 1980), pero también cuando hubo inflación nula (como en la década de 1990). Esto descarta que el fenómeno inflacionario fuera el único causante del aumento

de la pobreza, porque incluso en años de inflación creciente (como en la década del 2000), la pobreza tendió a bajar fuertemente.

CONCLUSIÓN

A lo largo de este escrito hemos intentado plantear el rol que cumple la inestabilidad crónica argentina y las crisis económicas recurrentes en la evolución de la pobreza en el país. Se trató de señalar que desde la irrupción del modelo de Valorización Financiera instaurado en el país a mediados de la década de 1970 la inestabilidad tendió a crecer y a agravarse, acelerando el promedio histórico de ocurrencia de los colapsos económicos en el país.

Así se señaló que el neoliberalismo, con sus tendencias a la desregulación, reducción del Estado, desprotección del mercado interno y endeudamiento sistemático no trajo mejoras económicas, productivas o el desarrollo de largo plazo, sino un modelo sumamente inestable que tiende a generar desigualdad social en el largo plazo.

En este sentido hemos repasado las distintas crisis económicas generadas y su vinculación total con el aumento de la pobreza estructural en el país. Por ello apuntamos a señalar que la única manera de reducir el número de pobres es, primero que nada, terminar con el patrón de inestabilidad económica crónica, pues este crea excluidos de manera estructural en el largo plazo. A su vez, es vital entrelazar la fuerte vinculación entre crisis económicas y el aumento de la pobreza, para tratar de evitar que ambos fenómenos sigan ocurriendo, tratando de entender las causas e imbricaciones. Sólo así, entendiendo las raíces de las crisis económicas se podrá evitar que estas vuelvan a suceder, ya que los únicos pueblos que repiten su historia para padecerla son los que no la conocen.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Basualdo, Eduardo (2006). *Estudios de historia económica argentina. Desde mediados del siglo XX a la actualidad*. Siglo Veintiuno Editores: Buenos Aires.

- Castellani, Ana y Gaggero, Alejandro (2017). La relación entre el Estado y la élite económica en Pucciarelli, Alfredo y Castellani, Ana (Coors.) (2017). *Los años del kirchnerismo. La disputa hegemónica tras la crisis del orden neoliberal*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.
- Müller, Alberto (2001). Un quiebre olvidado: la política económica de Martínez de Hoz. *Ciclos*, Año XI, N° 21.
- Schteingart, Daniel (2016). La restricción externa en el largo plazo: Argentina, 1960-2013. *Revista Argentina de Economía Internacional*, N° 5, pp. 35-59.
- Schvarzer, Jorge (1986). *La política económica de Martínez de Hoz*. Buenos Aires: Hyspamérica.
- Zícari, Julián (2020). *Crisis económicas argentinas. De Mitre a Macri*. Editorial El Continente: Buenos Aires.
- Zícari, Julián (2021). Explicaciones a la inestabilidad crónica argentina: desequilibrios económicos, conflictos sociopolíticos y disputas representacionales. *Revista Realidad Económica*, N° 341, pp. 67-112.